



Dónde van las tortugas cuando mueren

BEATRIZ OSÉS

Ilustraciones de Ester García





**Dónde van las tortugas
cuando mueren**

Beatriz Osés

Dónde van las tortugas cuando mueren

Ilustraciones: Ester García



edebé

© Beatriz Osés García, 2016
© *Ilustraciones*: Ester García, 2016

© Ed. Cast.: edebé, 2016
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Editora de literatura infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de las cubiertas: César Farrés

1.^a edición, marzo 2016

ISBN 978-84-683-2466-1
Depósito Legal: B.
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A mi hermana Helena
y a Noelia.*

Índice

1. El cielo de las tortugas	9
2. La propuesta de Óscar	19
3. El espíritu de Leopolda	27
4. Al rescate	37
5. El fondo de la piscina	47
6. La decisión de Manuel	53
7. Hacia el mar	61
8. La despedida	69

1

El cielo de las tortugas

Por la mañana, la tortuga Leopolda ya estaba muerta. Amaneció patas arriba en la charca de plástico que colocaron sobre la mesa de la cocina. El primero que la encontró fue el abuelo cuando bajó a desayunar. Le dio un suave golpe con el dedo en el caparazón pero el animal no se movió. Pensó entonces en cómo se lo contaría a su único nieto:

—Manuel, Leopolda ha estirado las patas.

No, no. Aquello era demasiado brusco.



—Manuel, tu tortuga se ha dormido para siempre.

Tampoco. Al fin y al cabo, con su cara de ciruela pasa, no era precisamente la Bella Durmiente.

—Manuel, tu tortuga se ha ido al otro barrio.

No, no. Imposible.

—Manuel, Leopolda está tiesa.

Impensable. Así que optaría por una fórmula más tradicional.

—Manuel —le dijo en cuanto lo vio entrar en la cocina—, Leopolda está en el cielo.

—¿Se ha muerto? —preguntó con un hilo de voz su nieto.

—Sí, pero está en el cielo.

—¿En el cielo de las tortugas?

—Exacto. En el cielo de las tortugas.





—Pero si continúa en su charca —contestó el niño pensativo contemplando a Leopolda.

—Bueno, está su caparazón. Sin embargo, su espíritu ha volado. Se ha marchado.

—¿Su espíritu? —preguntó asombrado.

—Sí, su espíritu está en el cielo —le intentó explicar el abuelo señalando el techo de la cocina.

—¿Y qué es el espíritu?

El abuelo se quedó un momento en silencio y se mordió el labio inferior. No sabía muy bien qué contestar.

—Pues es algo invisible... como el cielo de las tortugas.

Su nieto se quedó callado y se sopló el flequillo. De pronto, un ruido inesperado



los sobresaltó. El padre de Manuel había abierto de golpe la puerta de la cocina.

—¡Papá, Leopolda se ha muerto!

El padre los miró sorprendido y tragó saliva.

—Está en el cielo —anunció el abuelo.

—En el cielo de las tortugas —confirmó su nieto.

—¡Vaya!... ¿Y qué hacemos con Leopolda? —preguntó desconcertado con la noticia.

Los tres observaron con atención la charca de plástico.

—Podríamos —propuso su padre— llevarla al mar.

—¿Al mar? —repitió el abuelo estupefacto.

—Sí, devolverla al mar. ¿Qué os parece?



—¿La llevaremos a la playa? —preguntó Manuel.

—Bueno, no hace falta que vayamos nosotros con ella. Leopolda hará el camino sola.

—¡No entiendo nada! —protestó el abuelo.

—Yo tampoco —añadió el niño.

—Veréis —explicó su padre sentándose en una silla—, si la colocamos en el váter y tiramos de la cadena, viajará hasta el río y, con el tiempo, acabará llegando al mar.

—¡¡No pienso tirar a Leopolda por el váter!! —gritó Manuel enfurecido protegiendo con sus brazos la charca de la tortuga—. ¡¡No lo haré nunca jamás!!

—¡Qué burro eres! ¡Menuda idea! —se lamentó el abuelo mirando a su hijo y moviendo la cabeza de un lado a otro.



—¡Vale, vale! ¡Tampoco hace falta que os pongáis así! —se defendió el padre—. A fin de cuentas, era una tortuga marina. Sería una forma de regresar a su casa.

—¿Quieres que viaje con las cacas de los vecinos? ¿Con nuestras cacas? ¿Con tu caca?... ¡Porque eso es lo que se va a encontrar por el camino! —replicó Manuel abrazándose desconsolado a su abuelo—. ¿Crees que Leopolda se lo merece?

No, no se lo merecía. No se lo merecía en absoluto. A esa conclusión llegaron al trasladar a Leopolda y su charca de plástico al jardín mirándola con cara de pena.

De regreso a la cocina, a pesar de que el abuelo y su nieto no tenían apetito, comieron algunas magdalenas mojadas en un tazón de leche con chocolate. Ninguno



volvió a hablar de la tortuga durante el desayuno. No tenían ganas. Se habían quedado sin palabras. Los tres pensaban en ella de diferentes maneras.

El padre de Manuel intentaba borrar de su cabeza la imagen de Leopolda girando como loca por las tuberías. No había sido una buena idea. Lo cierto es que había metido la pata hasta el fondo. Bueno, había sido solo una sugerencia. Tampoco tendrían que haberse enfadado tanto. O, al menos, eso se decía para no sentirse culpable al mismo tiempo que removía su café con leche.

El abuelo recordó al viejo Camilo, que murió congelado durante una excursión por la montaña y estaba tan rígido y arrugado como la tortuga de su nieto.

Y Manuel trataba de imaginarse el cielo





de las tortugas mientras se preguntaba si también existiría el cielo de los hámsteres, de los gusanos de seda, de los gatos, de los elefantes, de los leones, de los hipopótamos, de las focas y las ballenas... ¿Habría también un cielo para los mosquitos? Seguramente no. Después, miró a su abuelo y pensó en el espíritu de Leopolda. Quizá estuviera sobrevolando la vitrocerámica de la cocina en ese preciso instante. Mas, ¿cómo saberlo si era invisible?...